

AFRODITA DE TIPO PRAXITELIANO (Legado Zayas).—LA DAMA DE ELCHE. REPLICA DEL DIADUMENO DE POLICLETO.—CABEZA DE CABALLO. Escuela fidíaca (Legado Zayas).—TORSO VARONIL. Escuela fidíaca (Legado Zayas).

LA ESCULTURA EN EL MUSEO DEL PRADO

POR

J. CAMON AZNAR

No es, ciertamente, famoso nuestro Museo del Prado por su colección de esculturas.

Su nombradía, -su interés turístico y su puesto señero en la cultura como albergue de algunas de las obras más bellas que ha creado el hombre, se centra en sus pinturas.

Y sin embargo, reunidas unas veces en homogéneos conjuntos plásticos, y distribuidas otras con carácter decorativo, se encuentran en las salas de este Museo algunas espléndidas piezas escultóricas, cuya relativa escasez no dispensa su conocimiento.

Gran número de ellas pertenecieron a las colecciones de Isabel de Farnesio y de Felipe V, el cual llegó a pagar grandes cantidades por su adquisición, como la cifra de 12.000 ducados por una serie de estatuas sedentes de las Musas, que, descubierta en tiempo de Alejandro VI en la Villa Adriana, de Tívoli, pasó después a la colección de Cristina de Suecia. Otras esculturas, junto con vaciados de obras clásicas, trajo Velázquez de Italia. Recientemente estas colecciones se han acrecido con el donativo espléndido del señor Zayas, de los más bellos mármoles, a los que ya aludiremos. Y es lástima que la atención del visitante se vea absorbida por los deslumbradores tesoros pictóricos, y esta tan importante sección quede relegada a un simple rango arqueológico u ornamental.

Hoy el Museo del Prado ofrece a la admiración la pieza principal de la escultura ibérica: *La Dama de Elche*. Esta tan compleja cabeza, de tan apurada melancolía y tan aristocrática altivez, podemos ahora con-

templarla en su ambiente, tan abrumada por esas joyas hermanas, de las que aun se llevan en comarcas como las segovianas y las salmantinas. Los finos rasgos se nos aparecen demasiado humanos para que se limiten a interpretar las finas abstracciones estéticas de los griegos, y, a su vez, demasiado bellos para ser un simple reflejo de la plástica fenicia. Su fecha puede situarse hacia el siglo III a. de J. C., y ella refleja con mayor delicadeza y más blando humanismo ese arte de la escultura levantina ibérica, en el cual se mezclan un hieratismo religioso y un sentido del adorno de características ya nacionales. Este busto se encuentra solitario entre mármoles exóticos, pues sus compañeras del Cerro de los Santos y de otros yacimientos ibéricos se guardan en el Museo Arqueológico.

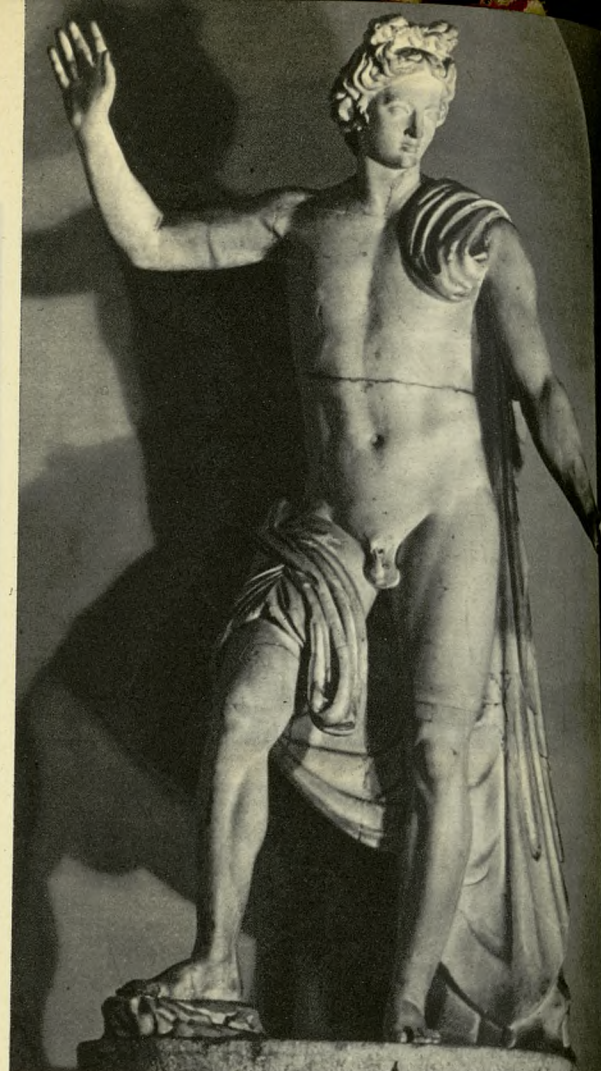
Son raras las piezas expuestas en el Prado de arte oriental. Una cabeza esquemática del tipo de Acad, un gavilán de Horus de tipo menfita—estas dos piezas, del legado Zayas—y algunos mármoles egipcios, entre los que destacan la estatua de Nectanebo II, el último Faraón de la XXX dinastía egipcia, trabajado en esas piedras duras y brillantes, tan preferidas en la época saíta.



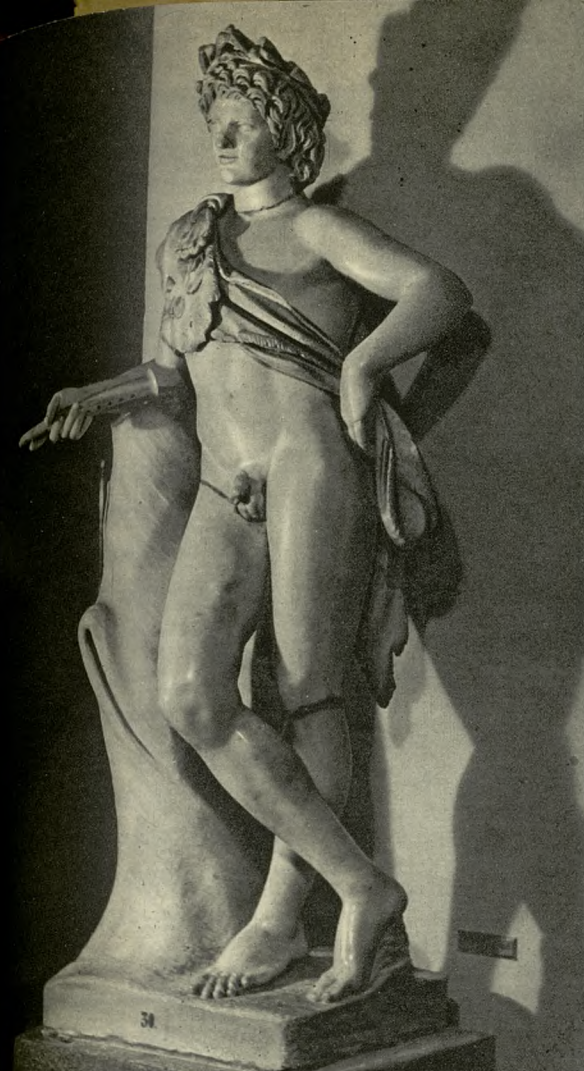
BACANTE DANZANDO



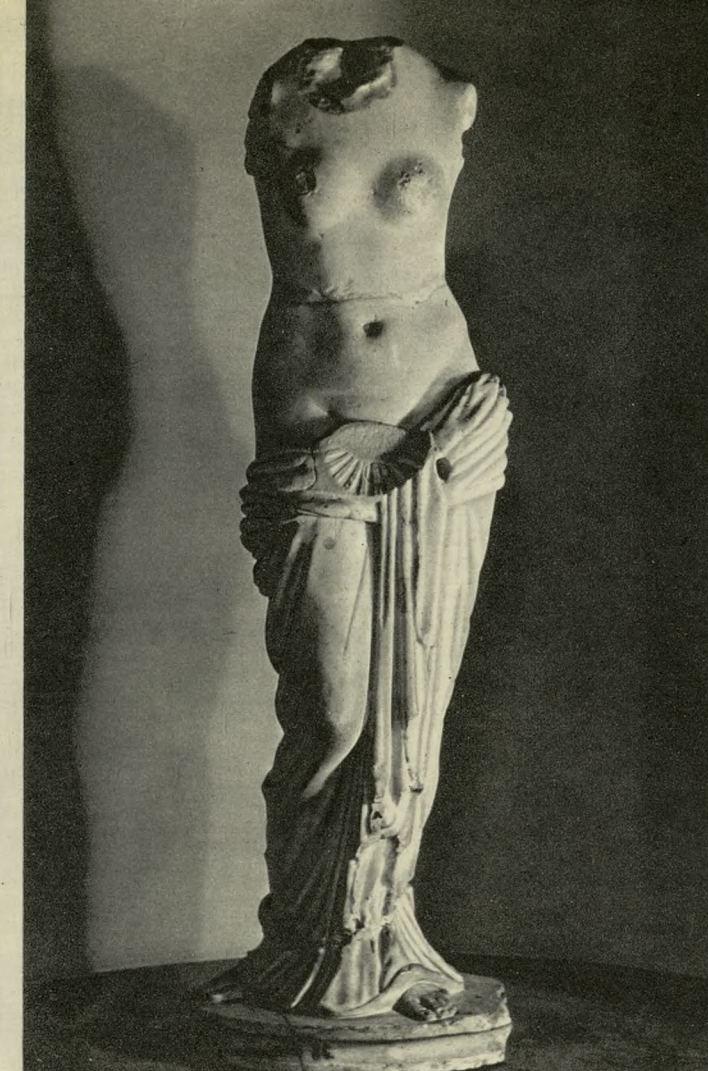
LA VENUS DEL DELFIN. Escuela de Praxiteles



APOLO MUSAGETA. Copia romana de un original helenístico



REPLICA DEL SATIRO DE PRAXITELES



LA VENUS DE LA CONCHA



RELIEVE DE BACANTE DANZANDO

El gran núcleo de estatuas aquí guardadas pertenece al arte grecorromano, denominación poco científica y en exceso holgada, pero sin posible sustitución, pues efectivamente, en la mayor parte de estas piezas, es difícil discriminar la participación de las dos culturas. Se trata de originales griegos, pero copiados en época romana, con algunas modificaciones que impiden su pura adscripción al arte helénico. Puede decirse, sin

embargo, que en la parvedad de este conjunto escultórico se encuentran representadas las principales tendencias del arte griego. Comienza este arte con una esculturilla del tipo de los Apolos arcaicos, del legado Zayas. Le sigue en tiempo la cabeza de Aristogiton, del célebre grupo de los tiranicidas, que se encuentra en el Museo de Nápoles. Se fecha en el primer tercio del siglo V, pues este grupo se colocó en Atenas recién vencidos los persas. El período clásico de la escultura griega se abre con una pieza espléndida: una estatua del Diadumeno, inspirada en la de Policeto.

La belleza casta de estos atletas argivos aparece aquí representada en un mármol soberbio, con ese sentido de la limitación de las formas canónicas regidas por los números, con esa impassibilidad llena, sin embargo, de ardor místico por la perfección que caracteriza a las obras policleteanas. Se ciñe una cinta al cuello y hay en su rostro esa serena tristeza que se posa siempre como una nube sobre las cabezas del arte griego. Un Narciso de severa belleza, con un cierto sentido religioso de tipo eleusino, está cercano a la escuela de Argos. A este ciclo, aunque en floja copia romana, pertenece una de las estatuas de Júpiter que guarda este Museo.



CABEZA DEL SATIRO DE PRAXITELES

Los recuerdos fidíacos son aquí abundantes. Comencemos con una Minerva en mala copia romana, pero muy fielmente inspirada en la Atenea Partenos, testimonio poco aducido para la reconstrucción de la célebre estatua criselefantina de Fidias. Su altivez de diosa se veía acrecida por la incrustación de azabaches en los ojos. Magnífica es la reproducción romana de la Atenea Promacos, con esa mezcla en la actitud de empaque bélico y protección a su ciudad.

De calidad fidíaca es un vaso con la lucha de Lapitas y Centauros de fin del siglo V. Y obra cumbre de este arte es un torso varonil del legado Zayas con esa sobriedad olímpica y esa contenida energía frenada por la belleza, que caracteriza a los mármoles del Partenon. Y a este mismo momento pertenece una cabeza de caballo, del mismo legado, obra típica de ese arte tan esencial y luminoso, con los volúmenes mentalizados por auras olímpicas, resplandecientes como uno de los pegasos del carro de Helios. De la transición del arte del siglo V al IV tenemos un eco de la obra más representativa en una Demeter romana, inspirada en la Eirene de Cefisodoto, el padre de Praxiteles, según la réplica de Munich. Arte todavía con dignidad clásica, pero con gracia amable, que anuncia los nuevos rumbos de la escultura.

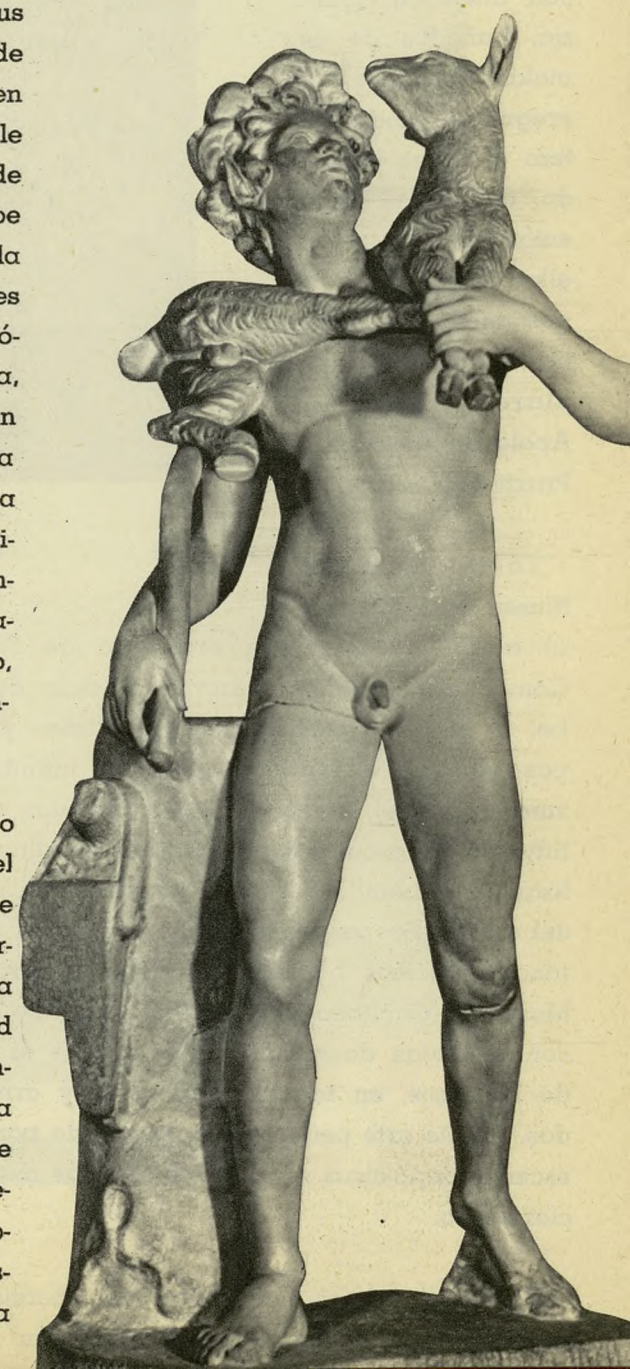
Del arte de los escultores del siglo IV hay en este Museo múltiples resonancias. Así, el grupo de los Luchadores, tallado en bello pórfito, en copia no antigua, y traído de Italia por Velázquez. Esta predilección lissipea por las poderosas musculaturas y los atrevidos escorzos aparece patente en esta obra. También de la escuela de Lisipo son un Hércules y un Mercurio en copias romanas.

El escultor griego del que posee esta colección una representación más selecta y numerosa es Praxiteles. Ese arte sensual, de gracia tan fragante y accesible, con un refinamiento de cincel del más matizado y ca-

ricioso claroscuro, se nos manifiesta en algunos ejemplares importantes. Es el más directo el torso de una Venus del legado Zayas, pujante de vida, con la epidermis en tenso modelado de intachable belleza, en un mármol de fino grano, que la exhibe como recién salida de la espuma auroral. También es muy cercano al maestro jónico un fragmento de Ninfa, que quizá perteneció a un frontón clásico. La escultura de Thanatos, el genio de la muerte, procede de un original praxiteliano. Se ha pensado que sea del mismo Praxiteles el Fauno del cabrito, de apasionado y vivaz contraposto.

Réplica del famoso Sátiro en reposo es el ejemplar del Museo del Prado en una de sus más bellas y fieles versiones. Muestra esta estatua esa perezosa sensualidad animal, esa caliginosa languidez que ya impresionaba a sus contemporáneos. De este mismo original praxiteliano deriva un Baco con copa y racimos. Un Fauno descansando evoca también una

EL FAUNO DEL CABRITO. Escuela de Praxiteles



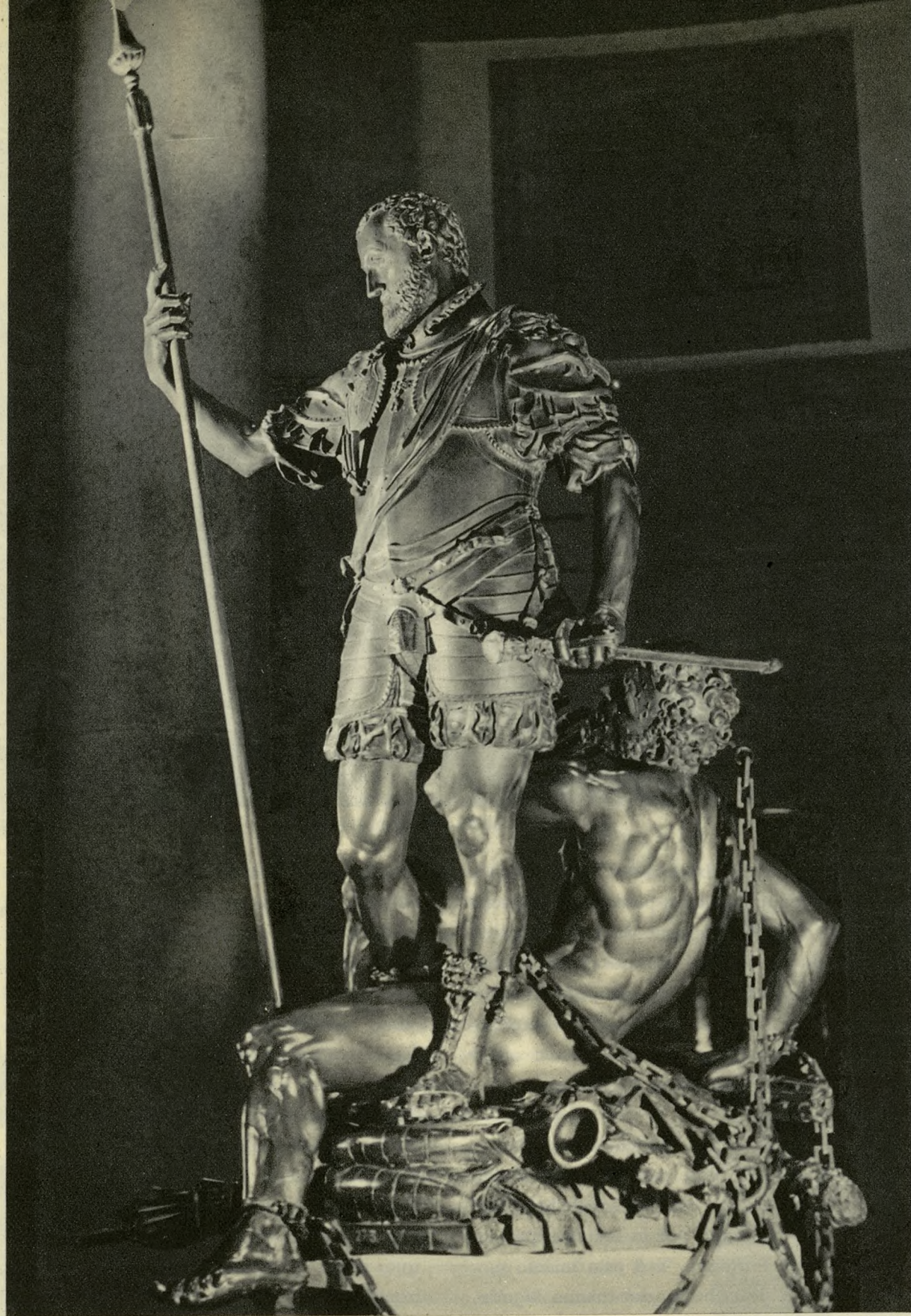
LA VENUS AGACHADA (Legado Zayas)



escultura del mismo tema. La llamada Venus del Delfín repite el gesto púdico de la Venus de Cnido. Y la cabeza de un busto de Antinoo recuerda el Hermes de Olimpia. Se considera como praxiteliana una impresionante cabeza en bronce de un efebo, de estricta y clara belleza, procedente quizá de Pompeya y en relación con los bronces del Museo de Nápoles. En la órbita de Praxiteles se sitúa una de las obras escultóricas más famosas del Museo del Prado: el llamado Grupo de San Ildefonso. Dos efebos desnudos —¿Cástor y Polux, Orestes y Pilades, Aquiles y Pratroclo?— se hallan efiados con intención funeraria, bañados de esa melancolía que impregna de poética tristeza el suave modelado de estas figuras enigmáticas. Una de ellas responde a sugerencias policleteanas, pero la otra es un claro derivado del Apolo Sauroctonos de Praxiteles.

También en este Museo hay alusiones al arte apasionado y orgiástico de Scopas. Como pieza príncipe, adscrita al ciclo de Niobe, o sea intermedia entre Praxiteles y Scopas, tenemos el famoso Hipnos, de infinita dulzura de cincel, con los planos fundidos en un fluyente claroscuro, con la dinámica actitud deslizante del blando sueño en la noche. Ya dentro del arte de Scopas tenemos que mencionar varios frisos de temas báquicos, análogos a otros del Museo del Capitolio y de la Villa Albani de Roma, con ménadas danzantes, poseídas por el ardor de Dionisos, en formas palpitantes y arrebatadas. A este arte pertenece un brocal de pozo con escenas orgiásticas en relieves del más matizado claroscuro.

Ya dentro del arte helenístico, sin concreta adscripción a un artista, tenemos obras tan bellas



CARLOS V DOMINANDO AL FUROR. León Leoni.

EL GRUPO DE SAN ILDEFONSO



bles de León y Pompeyo Leoni, en los ejemplares más bellos del alto Renacimiento. Bronces y mármoles de Carlos V, de la emperatriz Isabel, bustos de Felipe II. Preside este conjunto y hasta encabeza el Museo, colocado señero en su entrada, el espléndido grupo en bronce de Carlos V dominando al Furor. Se halla fechado en 1564, siendo desmontable la primorosa armadura del emperador, que queda así con desnudez heroica.

Obra de cesáreo empaque, con una clásica dignidad compatible con un realismo de entrañable humanidad.

Este magnífico tesoro escultórico del Prado merecía una mayor fama y un mayor reconocimiento a su interés artístico.

JOSE CAMON AZNAR

como la Venus de Madrid, en relación con la Venus de Milo, la Venus de la Concha, magnífico mármol de apretado modelado, la monumental Ariadna, en lánguido y olímpico abandono; dos estatuas de la típica Venus agachada, una Venus semejante a la de Arles; una bella estatua de Apolo Musagetá, la serie de las nueve Musas, de gran interés iconográfico, y los grupos de Ganimedes, en buena réplica romana, y el de Leda y el cisne.

Aludamos también a la estatua de Júpiter y a la de Neptuno, de gran tamaño y con el rostro derivado del Zeus de Otricoli, con su todopoderosa bondad. Es magnífica la serie de bustos, unos griegos o en copias romanas, como los de Homero, Platos y Aristóteles, y otros puramente romanos, como los de Augusto, Lucio Vero y Caracalla, y dos estu- pendos de Antinoo.

Dentro de la plástica moderna, entre obras de Dubroeq, Bernini y Duquesnoy, destacan las memora-